

---

# **RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS**

---



## ENTENDER EL PAISAJE

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (2009). *Miradas sobre el paisaje*. Biblioteca Nueva (Colección Paisaje y Teoría, 5). Madrid, 285 pp. [ISBN: 978-84-9742-908-5]

Cuando se publicó, en 1866, la traducción francesa de los *Cuadros de la Naturaleza* de Humboldt, el editor escribió una breve nota previa en la que afirmaba que se trataba de una verdadera obra maestra, donde podía encontrarse algo tan poco frecuente como la conciliación de la exactitud de la ciencia y una visión artística y sentimental que le recordaba a Bernardin de Saint-Pierre. La nota no hacía sino llamar la atención del lector sobre una de las cualidades más características y originales de la mirada geográfica de Humboldt: su voluntad de aunar de manera equilibrada el acercamiento científico y el acercamiento estético al paisaje, y, en consecuencia, su expresa intención de dirigirse al tiempo, al hablar de él, a la razón y al sentimiento de sus lectores, a su imaginación y a su mundo de ideas y conocimientos. Ese fue el modo de entender el paisaje inaugurado por Humboldt, un modo explicativo y comprensivo al tiempo, empeñado en conciliar la ciencia y el arte, la inteligencia y la sensibilidad, y ese mismo modo de entenderlo fue el que se prolongó y enriqueció después en los mejores exponentes del paisajismo geográfico moderno.

A esa estirpe de geógrafos pertenece plenamente Eduardo Martínez de Pisón, el autor de estas *Miradas sobre el paisaje*. Sus páginas son una acabada demostración de esa pertenencia, de la presencia en ellas, bien asimilado y consecuentemente actualizado, del legado del mejor paisajismo geográfico, el que se inició con Humboldt y prosiguieron después autores como Reclus, Vidal de la Blache, De Martonne, Sorre y Manuel de Terán. Todos ellos fueron, como advierte el autor, «maestros de la mirada», y ese magisterio se deja sentir con naturalidad en las miradas que Martínez de Pisón dirige al paisaje. Son miradas geográficas, desde luego, porque del autor podría decirse lo mismo que él dice de Terán: que es un geógrafo que sí sabe geografía. Se acerca al paisaje como geógrafo, con ideas y métodos geográficos, y se ocupa además de señalar, siempre que viene a cuento, lo que distingue a ese modo de acercamiento de otros, su ánimo integrador, su decidida intención de entender el paisaje con toda su complejidad. Pero en las miradas de Martínez de Pisón no hay sólo geografía. Acompañan a la sabiduría geográfica su dilatada experiencia viajera, su dedicación exploradora y alpinista, y también dos cualidades importantes: las de ser hombre culto y buen escritor. Todo ello, habitual en su obra escrita anterior, alienta con particular claridad en estas miradas sobre el paisaje, cuya lectura trae a la memoria aquello que dijo Baulig a propósito del *Tableau* de Vidal: la distinción entre ciencia y arte se desvanece a menudo en sus páginas.

El libro se compone de diversos escritos, algunos publicados con anterioridad, en ocasiones retocados para esta publicación, y otros inéditos. Son, dice el autor, «textos de geógrafo, pero no todos muy geográficos», textos guiados «por el oficio de mirar, por el afán de enten-

der y explicar», cuya recopilación pretende, más allá de la especialización geográfica, facilitar el diálogo con lectores variados, «amigos y desconocidos», y lograr así que se despierten «más miradas amistosas sobre los paisajes». El libro es, en resumidas cuentas, «una reunión de miradas y una incitación a ver». Y se organiza en tres partes de desigual extensión: tras la introducción, dedicada a expresar sumariamente las claves de la visión geográfica del paisaje, se encuentra un apartado denominado «Estaciones», y otros dos que ofrecen sucesivamente un conjunto de consideraciones generales y un repertorio selecto de miradas concretas sobre el paisaje.

«Estaciones», escrito inédito, constituye la primera parte del libro, la más breve y quizá la más valiosa desde el punto de vista literario. Expresa vívidamente la experiencia del ritmo estacional de la naturaleza y el paisaje, con los cambios de color y de atmósfera que entraña. El paisaje, recuerda el autor, «rueda con las estaciones», y sólo a través de la vivencia directa de ese rodar constante, mediante la plena participación de todos los sentidos, se puede llegar a comprender su significado estético (y moral). «Un paisaje —escribe— es algo real que, cuando te haces a él, suena de cierto modo, huele de determinadas maneras, tiene suavidad o aspereza al tacto, posee luces y color. Es decir, se siente directamente; antes que nada se siente». El autor capta el pulso de las estaciones en el paisaje —«la respiración periódica del paisaje», como dijo Alfonso Reyes—, el pulso que lo renueva sin descanso y renueva las impresiones que produce. Martínez de Pisón nos habla de la cadencia estacional del paisaje, de las diferentes imágenes y efectos que se suceden en él desde el otoño al verano. Y su escritura, de gran calidad expresiva, evoca los momentos de luz, las tonalidades, las variadas sensaciones que el paisaje le va produciendo. He aquí un ejemplo elocuente, referido a la llegada del otoño al Pirineo:

«Le he visto bajar de la montaña. Pero no de un salto, sino deslizándose por la pendiente día a día. Al principio enrojecía los arándanos y los helechos y doraba los prados de los puertos. Luego iba encendiendo los bosques más altos y, conforme éstos perdían sus hojas, seguía su descenso amarilleando las arboledas y arbustos de las laderas ya próximas a los pueblos, después se extendía como fuego por los árboles alineados entre las parcelas y regaba de hojas pardas las calles y los caminos solitarios. La belleza fue general y espléndida, todo el escenario fue color.»

El título de la segunda parte del libro es «El paisaje, patrimonio cultural». Prolonga y ahonda algunas de las consideraciones expuestas en la introducción, y ambas componen conjuntamente una exposición muy clara y rigurosa de la idea geográfica de paisaje. Lo que aquí se dice no pierde de vista en ningún momento las líneas maestras de la tradición geográfica moderna. El paisaje, dice el autor, es «el monumento geográfico», lo que nos permite encontrar «el valor más hondo de lo geográfico». Pero no es un dato espontáneo e inmediato; exige en quien se acerca a él, si quiere entenderlo, determinadas actitudes y capacidades. Hay que saber abrir los ojos y ver, decía Brunhes, y además hay que querer ver, lo que no siempre sucede. Como escribe Martínez de Pisón, a propósito de *Los Pirineos* de Sorre, «hay que subir al altozano y saber —y querer— explicar el panorama. No siempre se sube, a veces no se sabe y en ocasiones no se quiere. Entonces no hay paisaje». Hay que saber y hay que que-

rer entender el paisaje. Y hay que aunar para ello, como advierte en otro momento el autor, cultura, inteligencia y sensibilidad, esa «suma más deseable que frecuente».

Expone el autor en el libro su concepción del paisaje, de la que ha hablado con anterioridad en numerosas ocasiones. Es una concepción firmemente enraizada en la tradición del paisajismo geográfico moderno y, como tal, alejada en todo momento de las simplificaciones al uso. Lo propio del paisaje, recuerda Martínez de Pisón, es «la pluralidad de constituyentes, su estructuración, relación y dinámica». El concepto de paisaje es «integrador y, por ello, es indisoluble de él la idea de relación de sus distintos constituyentes». Es, como se ve, un horizonte cabalmente geográfico, consecuente con la tradición desarrollada a partir de Humboldt, y que se distancia por igual de quienes dicen que el paisaje se reduce a un hecho objetivo y de quienes, en el otro extremo, no ven en él más que una invención estética o cultural. La concepción del paisaje suscrita por Martínez de Pisón es, por el contrario, integradora, no pierde de vista las relaciones entre sus variados componentes.

Dos son, según el autor, las principales dimensiones del paisaje: la geográfica y la cultural. Ambas se hallan estrechamente conectadas, y la renuncia a la consideración de una de ellas impide entender correctamente las cosas. Por una parte, el paisaje es, hablando geográficamente, la configuración morfológica de un territorio, «las formas que adquieren los sistemas territoriales, la concreción formal de la realidad espacial». Expresan, a través de sus formas y del aspecto visible que esas formas adoptan en cada caso, una estructura u organización geográfica subyacente. Estructura, forma y faz constituyen así las tres claves geográficas del paisaje. Y a ello se añade su otra dimensión fundamental, la cultural, inseparable de la anterior.

«El paisaje —escribe Martínez de Pisón— se formaliza necesariamente sobre un sistema territorial, es no sólo la visión de una forma geográfica sino esa misma forma. Pero el paisaje no es el territorio. Éste consiste en el espacio-función, el solar, la base geográfica manipulable y su expresión administrativa. El paisaje es la configuración morfológica de ese espacio básico y sus contenidos culturales; en este sentido es una categoría superior al fundamento territorial. La condición cultural del paisaje es su misma sustancia, lo que permite su asimilación a tal trasfondo, lo que da lugar a que pueda residir en él la identificación de un pueblo.»

Eduardo Martínez de Pisón define con claridad y precisión el concepto geográfico de paisaje, y establece igualmente la diferencia, a veces ignorada o mal entendida en nuestros días, entre ese concepto y el de territorio. Se refiere además a otro aspecto especialmente significativo: el muy importante papel que deben desempeñar los contenidos culturales en la visión geográfica del paisaje. Sus argumentos son, en este sentido, tan sólidos como concluyentes. Ignorar sus significados culturales, con los valores simbólicos que a menudo entrañan, es, según el autor, «mutilar el paisaje tan gravemente como pudiera serlo la tala de un bosque, el derribo de un pueblo». En esos significados culturales reside el principal factor que separa al paisaje del territorio. «El paisaje —escribe— posee obvios contenidos culturales que lo cualifican, aunque no sean directamente visibles en sus formas, como sus significados, referencias, mitos, identificaciones literarias y artísticas, que dotan al paisaje de valores añadidos». Los paisajes son así «conquistas mentales, construcciones o cuerpos culturales». Es la

mirada del hombre, y sólo ella, la que cualifica un lugar como paisaje, la que «vuelve paisaje lo que naturalmente era sólo territorio».

Con esa impronta cultural se relaciona directamente el hecho de que muchos paisajes —los rurales y los urbanos, ante todo— sean en buena medida «paisajes-memoria», verdaderos «testigos culturales, legados como las artes, el pensamiento, la literatura de un país, pero envueltos en la vida». La conclusión es clara: el estudioso —el geógrafo— debe tener siempre en cuenta esos contenidos culturales del paisaje, «a veces escondidos tras las formas», y para ello debe acercarse a los diversos campos —el del pensamiento, el del arte, el de la literatura, el de la percepción— que se interesan también por los significados del paisaje. A la hora de entender el paisaje, el geógrafo debe tener «la raíz en el territorio y la cabeza en las ideas y la cultura». No es fácil —nunca lo ha sido— el camino que conduce a una visión cabalmente integradora del paisaje, atenta al tiempo a todos sus componentes (geográficos y culturales), sin caer en las consabidas tentaciones simplificadoras. El estudio del paisaje es, en fin, como advierte Martínez de Pisón, que sabe muy bien de lo que habla, «tan interesante como difícil».

A todo esto se añaden en el libro un conjunto de reflexiones sumamente elocuentes sobre la necesidad de procurar la adecuada conservación del paisaje. El autor proyecta aquí directamente su dilatada experiencia en la elaboración de propuestas de ordenación natural, paisajística y territorial —experiencia que abrió la puerta a ese tipo de estudios en la geografía española—, y ofrece ideas y conclusiones solventes y esclarecedoras. Aboga por la plena introducción del paisaje en los proyectos y actuaciones de carácter político, sustituyendo la omnipresente óptica «ambientalista» por otra de signo «paisajista», y aboga también, en consecuencia, por la incorporación en esas operaciones de informes preceptivos, como lo son ya los ambientales, de evaluación y declaración de «impacto paisajístico». Se refiere además, con ánimo muy crítico, a algunos factores y efectos de la pertinaz desatención hacia el paisaje que caracteriza nuestra vida pública. Respecto de lo primero, he aquí un ejemplo de lo que opina: «Hay bastante gente —es necesario aceptar la realidad— para la que casi todas las cosas —o todas— sólo tienen un valor funcional. Lo mismo les da que sea un paisaje o un libro; o una casa, un monte, un arcón. Si no sirve, estorba. [...] Para ellos todo paisaje es territorio y todo territorio solar. Y cuando estas gentes mandan —lo que no es infrecuente— los efectos de tales perspectivas se imponen, se hacen intensos y extensos. Entonces el dinero sustituye a la sustancia, lo que entra en función se perturba y lo que se desfuncionaliza perece».

Esta denuncia general se acompaña de otras más concretas: la que dirige, por ejemplo, a conceptos como los de «ciudad del medio ambiente» o «ecociudad», a menudo «aplicados a un urbanismo más, pero encubierto con tan contradictorios calificativos, que puede poner en riesgo y hasta sustituir paisajes valiosos e incluso protegidos». O la que dedica a los aerogeneradores, los parques eólicos, «uno de los mayores daños recientes al paisaje español», causantes de un verdadero «desastre paisajístico», que han cosechado, sin embargo, por extraño que pueda parecer, actitudes laudatorias y permisivas en los campos ambientalistas y ecologistas. Frente a esas deplorables actitudes e iniciativas, propone el autor la conformación de una perspectiva de cuidado y conservación de los paisajes que tenga en cuenta como es debido sus rasgos específicos, naturales y culturales, y su acusada fragilidad. «El tratamiento del paisaje —advierte— aparece, así, como un capítulo de la política en cultura ambiental y

territorial. Sin duda habría que fomentar una política del paisaje como una política cultural». Hay que cuidar los paisajes, preservar su entidad y su aspecto, sus valores y sus significados, y hay que mejorar además la percepción cultural que de ellos se tiene. Es necesario, como advierte Martínez de Pisón, «aprender y enseñar a leer paisajes, sus hechos y sus símbolos: sus sistemas territoriales y sus sistemas de imágenes».

La tercera y última parte del libro —«Paisajes de piedra, agua, hombres y espíritus»— recoge, como se indicó al principio, unas cuantas miradas concretas sobre el paisaje. Es un fascinante repertorio de viajes y experiencias del autor, que demuestra no sólo su muy alto grado de compenetración con la naturaleza y el paisaje, sino también su solvencia geográfica, su maestría descriptiva y expositiva —sus dotes de excelente profesor, podríamos decir— y la originalidad y el interés de las reflexiones intelectuales y morales que va desgranando a propósito de los lugares a los que se dirigen sus miradas. Habla de las grandes cadenas montañosas del norte de Pakistán —Karakorum, Himalaya, Hindu Kush—, de los Alpes, de los Pirineos y de los Picos de Europa, de las Sierras de Gredos y de Guadarrama, de la figura y la imagen del Teide. Habla también de otras cosas: del agua en el paisaje, de «paisajes de hombres» —paisajes modulados por el hombre, como lo son, sobre todo, los paisajes rurales—, y de «paisajes del espíritu», como los que acuñaron en España los escritores del 98. El autor penetra en esos paisajes y sabe comprenderlos y explicarlos, captar sus modos de organización y evolución y sus notas distintivas, descubrir sus valores y sus cualidades. El orden geométrico del paisaje pétreo, el valor moral de la montaña, el carácter grandioso y simbólico de los glaciares —«El recorrido de un glaciar inalterado es una de las experiencias vitales más fuertes y hermosas que puedan darse en los grandes paisajes de la Tierra»—, son algunos de los asuntos a los que se refiere Eduardo Martínez de Pisón en esta parte de su libro.

Es éste, en suma, un libro excelente, un libro que nos acerca al mejor modo geográfico de entender el paisaje, incorporando y actualizando las líneas maestras de la propia tradición. Es un libro bien pensado y bien escrito, apoyado en la muy dilatada y muy valiosa experiencia paisajística —teórica y práctica— de su autor. «Pa tener gracia —dice una solearilla andaluza recogida por Machado— se ha menester reunir muchas circunstancias». Y eso es lo que sucede en este libro: que reúne muchas circunstancias que hacen su lectura agradable y atractiva, en términos intelectuales y literarios. Porque el libro responde fielmente a lo que el mismo Martínez de Pisón reclama en sus páginas para todo el que quiera entender cabalmente el paisaje: dominio científico, intelectual y metodológico de los componentes y relaciones que lo conforman, y además cultura, sensibilidad y estilo para entender y dar cuenta de sus valores y significados. Todo eso es lo que se ha reunido en estas *Miradas sobre el paisaje*, que son una especie de feliz quintaesencia de toda la dedicación de su autor al asunto. De ahí que, además de constituir una lectura imprescindible para los geógrafos —estudiantes, profesores y profesionales—, será también, sin duda, un libro importante para todos los que, sea cual sea su campo intelectual y su dedicación, estén interesados en el paisaje, en entender y valorar cabalmente lo que el paisaje es y lo que el paisaje significa.

Nicolás Ortega Cantero  
Departamento de Geografía  
Universidad Autónoma de Madrid

## LA LABOR DEL INSTITUTO DEL PAISAJE DE LA FUNDACIÓN DUQUES DE SORIA

- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, ORTEGA CANTERO, Nicolás, eds. (2007). *La conservación del paisaje en los Parques Nacionales*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria. Madrid, 242 pp. [ISBN: 978-84-8344-071-1]
- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, ORTEGA CANTERO, Nicolás, eds. (2008). *La recuperación del paisaje*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria. Madrid, 311 pp. [ISBN: 978-84-8344-114-5]
- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, ORTEGA CANTERO, Nicolás, eds. (2009). *Los valores del paisaje*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria. Madrid, 322 pp. [ISBN: 978-84-8344-151-0]

El Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria se fundó en 1999. Lo dirige desde entonces Eduardo Martínez de Pisón, Catedrático de Geografía Física de la Universidad Autónoma de Madrid, y cuenta con un comité compuesto por especialistas de los distintos ámbitos intelectuales relacionados con la consideración (teórica y práctica) del paisaje. Entre las actividades del Instituto, se cuenta la organización de un Seminario del Paisaje, dirigido a investigadores, doctorandos y estudiantes avanzados, que se desarrolla todos los años, en el mes de julio, en el Convento de la Merced, sede soriana de la Fundación.

Los resultados de esos Seminarios, sucesivamente dirigidos por Florencio Zoido Naranjo (1999-2001), Nicolás Ortega Cantero (2003-2005) y Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero (2006-2009), se han ido publicando con regularidad<sup>1</sup>. Las tres últimas publicaciones aparecidas, que son las que consideraremos aquí, corresponden a los Seminarios de los años 2006, 2007 y 2008. El último Seminario, el de julio de 2009, se encuentra aún en curso de publicación.

Los tres libros referidos a estos tres Seminarios recogen los trabajos presentados y debatidos en cada caso, y los dos últimos incluyen además las explicaciones de las excursiones realizadas. Coeditados por la Universidad Autónoma de Madrid y la Fundación Duques de Soria, con una presentación bastante cuidada y generosamente ilustrados, estos tres libros ofrecen un panorama de investigaciones sobre el paisaje variado, inteligente y sugestivo. Los tres están editados por Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero, directores de los correspondientes Seminarios.

La enumeración y el comentario detallado de todos los trabajos incluidos en estos tres libros —más de veinticinco— resultarían sin duda demasiado extensos para una nota de este tipo, por lo que nos limitaremos a hacer una presentación más general, menos pormenorizada, de cada uno de los volúmenes. El primero de ellos, el que recoge los resultados del Seminario del Paisaje de 2006, se refiere a *La conservación del paisaje en los Parques Nacionales*, e incluye siete aportaciones. Comienza con una reflexión de Eduardo Martínez

1 Los Seminarios de 1999 a 2001 se publicaron conjuntamente en un libro coordinado por Florencio Zoido Naranjo y Carmen Venegas Moreno: *Paisaje y ordenación del territorio*, Sevilla, Junta de Andalucía y Fundación Duques de Soria, 2002. Los tres Seminarios siguientes (2002 a 2004) dieron lugar a otros tantos libros, editados por Nicolás Ortega Cantero y publicados, en Madrid, por la Universidad Autónoma de Madrid y la Fundación Duques de Soria: *Naturaleza y cultura del paisaje* (2004), *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional* (2005) e *Imágenes del paisaje* (2006).

de Pisón sobre los paisajes y los Parques Nacionales, en la que se refiere, en primer lugar, a la caracterización cultural y geográfica de los paisajes, y, después, más concretamente, a los paisajes de los Parques Nacionales españoles, valorando su situación histórica y actual y ofreciendo algunas propuestas para mejorar su futuro. Joan Nogué, Director del Observatorio del Paisaje de Cataluña, describe en el siguiente trabajo los rasgos definitorios de la institución que dirige y expone las características principales y los procedimientos de elaboración de los catálogos de paisaje que le han sido encomendados, con sus fases sucesivas de identificación y caracterización, evaluación, definición de los objetivos de calidad paisajística, establecimiento de directrices, medidas y propuestas de actuación, y, finalmente, establecimiento de indicadores de seguimiento.

Otros trabajos plantean consideraciones más concretas sobre la caracterización natural y cultural de algunos Parques Nacionales españoles: el proyectado Parque Nacional del Guadarrama, del que habla Nicolás Ortega Cantero, el Parque Nacional de los Picos de Europa, al que se refieren Juan Carlos Castañón Álvarez y Manuel Frochoso Sánchez, y el Parque Nacional del Teide, al que dedica su trabajo María Eugenia Arozena. Y a esos trabajos se añaden otros dos debidos a profesores de las Universidades de Pau y de Burdeos que participan regularmente en este Seminario del Paisaje: el primero de ellos, elaborado por Isabelle Degrémont y Jean-Yves Puyo, estudia la trayectoria de las políticas de conservación francesas, abarcando desde las perspectivas iniciales de la Reserva de Néouvielle hasta las propuestas y realizaciones del Parque Nacional de los Pirineos. Finalmente, Hélène Saule-Sorbé ofrece un estudio detalladamente ilustrado sobre el lugar ocupado por el arte en la conformación y en la valoración del Parque Nacional de los Pirineos.

El segundo libro, correspondiente al Seminario de 2007, se publicó con el título de *La recuperación del paisaje*, incluyendo diez trabajos, debidos a especialistas de diversos ámbitos científicos y técnicos relacionados con el paisaje y, más concretamente, con su recuperación en los últimos tiempos. Eduardo Martínez de Pisón se refiere, con un punto de vista geográfico, a esa recuperación del paisaje, valorando el trayecto seguido desde la plasmación inicial y la consolidación del concepto, hasta el posterior eclipse parcial del mismo y su más reciente resurgimiento. De la conformación de la visión moderna del paisaje habla en la siguiente aportación Nicolás Ortega Cantero, considerando su doble componente científico y sentimental y el punto de vista, sin duda original, aportado por la geografía.

Los restantes trabajos abordan la recuperación del paisaje con distintos enfoques. Con criterio primordialmente histórico y adentrándose también en el mundo literario lo hace Antonio Morales Moya. Daniel Zarza plantea el punto de vista de la arquitectura, y Miguel Aguiló, el de la ingeniería. Por su parte, María Medina Muro ofrece un conjunto de consideraciones sobre la labor profesional de los paisajistas. Los profesores de las Universidades francesas ofrecen también en esta ocasión dos trabajos: uno sobre las vicisitudes del concepto de paisaje en la geografía francesa de los últimos treinta y cinco años, a cargo de Isabelle Degrémont y Jean-Yves Puyo, y otro sobre la recuperación del paisaje en el arte y en la ciudad, redactado por Hélène Saule-Sorbé. Dos trabajos más cierran el libro: el de Marcella Schmidt di Friedberg, profesora de la Universidad de Milán, sobre el lugar del paisaje en las propuestas y las actuaciones de conservación territorial, y el de Francisco Alonso Otero, dedicado a explicar los tres paisajes protegidos del occidente de Soria que se visitaron en la excursión del Seminario.

El tercero y último de los libros aquí considerados, el del Seminario de 2008, se refiere a *Los valores del paisaje*. Contiene diez trabajos, que se inician con el que Eduardo Martínez de Pisón dedica a los valores escondidos de los paisajes y, más concretamente, a los que se encierran en la ascensión a la montaña, muy ricos en significados culturales y espirituales. El siguiente trabajo, de Nicolás Ortega Cantero y Jacobo García Álvarez, estudia dos paisajes percibidos y valorados como lugares de memoria: Covadonga y El Paular. De la valoración científica del paisaje, a propósito de la obra de Luis Pardo sobre los lagos españoles, habla Joan F. Mateu, y Javier Maderuelo plantea las valoraciones paisajísticas que pone en juego la mirada del arquitecto. Elia Canosa Zamora y Manuel Mollá Ruiz-Gómez se refieren en su aportación a las valoraciones del paisaje promovidas por el excursionismo militar, y José Naranjo Ramírez plantea, apoyándose en el estudio de los lagares del viñedo cordobés, el valor paisajístico de lo utilitario.

Los profesores de las Universidades francesas participan en este libro con tres trabajos. Isabelle Degrémont y Jean-Yves Puyo tratan en el suyo de la consideración del paisaje en las leyes francesas sobre conservación y urbanismo, estudiando concretamente la evolución de los criterios de clasificación de las estaciones turísticas pirenaicas durante la primera mitad del siglo XX. Danièle Laplace-Treytore, que había participado antes en estos Seminarios como comentarista, se refiere en su trabajo a la valoración del paisaje en tres guías turísticas recientes de la ciudad de Burdeos. Y Hélène Saule-Sorbé plantea un conjunto de reflexiones sobre los valores de lo pintoresco, teniendo en cuenta las definiciones, la evolución y las aplicaciones de esa noción. Finalmente, se incluye la explicación que desarrolló Francisco Alonso Otero durante la excursión del Seminario, dedicada en esta ocasión a los paisajes sorianos de Antonio Machado.

Este es, someramente descrito, el contenido de los tres últimos libros publicados que recogen los trabajos presentados en los Seminarios organizados por el Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria. Ofrecen, en conjunto, un panorama variado y solvente de consideraciones sobre diversos aspectos significativos del paisaje. Son estudios debidos a autores competentes en sus respectivos ámbitos intelectuales, y son, por ello, aportaciones que pueden ayudar a entender mejor los significados históricos y actuales del paisaje. Y constituyen un acabado exponente de la importante labor paisajística que está llevando a cabo, desde su fundación, el Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria que dirige Eduardo Martínez de Pisón.

*Ángela García Carballo*  
Departamento de Geografía  
Universidad Autónoma de Madrid

## PAISAJE Y SOCIEDAD

NOGUÉ, Joan, ed. (2007). *La construcción social del paisaje*. Biblioteca Nueva (Colección Paisaje y Teoría, 1). Madrid, 343 pp. [ISBN: 978-84-9742-624-4]

NOGUÉ, Joan, ed. (2008). *El paisaje en la cultura contemporánea*. Biblioteca Nueva (Colección Paisaje y Teoría, 4). Madrid, 301 pp. [ISBN: 978-84-9742-846-0]

Hemos recuperado, desde las humanidades y las ciencias sociales, una categoría fuerte aunque compleja, con múltiples derivaciones epistemológicas para muchas disciplinas. El paisaje se ha convertido en un componente imprescindible y valioso para entender el mundo material que nos rodea y nuestra propia inserción en él, para intervenciones sobre el territorio más respetuosas, más éticas y más estéticas, para afianzar los procesos de patrimonialización y para apoyar la identidad y la diversidad.

Explorar las potencialidades de su utilización es el objetivo de los dos volúmenes editados e introducidos por Joan Nogué y publicados por Biblioteca Nueva. Ambas obras suponen una aportación imprescindible para todos los especialistas que, desde la reflexión o la práctica proyectiva, se interesan en el paisaje como concepto y como ámbito de intervención.

Su contenido recoge las contribuciones más relevantes llevadas a cabo en las tres ediciones del Seminario Internacional sobre el Paisaje organizado por el Consorcio Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Barcelona-Centro Ernest Lluch, la Fundación de Estudios Superiores de Olot, y, desde la tercera convocatoria, el Observatorio del Paisaje de Cataluña. La dirección de todos ellos, celebrados entre 2003 y 2005, estuvo a cargo del mismo Joan Nogué, catedrático de geografía humana, director del Observatorio y reciente ganador del premio Rey Jaime I de Urbanismo, Paisaje y Sostenibilidad, de la Generalitat Valenciana.

Cada uno de los libros incorpora trece colaboraciones más un epílogo encargado a sendos especialistas de reconocido prestigio. Eduardo Martínez de Pisón, ilustre geógrafo además de escritor, explorador y alpinista, en su aportación para el primer volumen clarifica de forma certera la riqueza del *artefacto paisaje*, utilizando una expresión suya, en contraste con territorio, morfología, espacio geográfico o medio ambiente. Incide además en la metodología para su análisis y en la oportunidad de su aplicación con fines realistas y vivos. Por su parte, Perla Zusman, lúcida y sagaz geógrafa argentina, en el epílogo del segundo volumen, plantea la trayectoria seguida por la construcción de la idea de paisaje desde la modernidad, para terminar apuntando las razones del éxito actual del concepto.

Las aportaciones reunidas destacan por su carácter interdisciplinar e innovador: geógrafos, sociólogos, arquitectos, urbanistas, historiadores del arte, filósofos, artistas y especialistas en literatura aportan sus perspectivas, variadas y sugerentes, sobre el paisaje. La densidad, diversidad y riqueza de sus contenidos invitan a realizar, al menos, una mínima referencia a cada una de estas colaboraciones.

En *La construcción social del paisaje*, el hilo conductor es el entendimiento del paisaje como resultado de la transformación colectiva y también como proyección cultural de la sociedad. Es decir, como materialidad y como mirada, ambas en la complejidad de las sociedades y los grupos que construyen los paisajes y los perciben. El primer bloque en que está organizado el libro, a partir de la incorporación de la perspectiva del observador en el análisis del paisaje, se adentra en el papel del cuerpo, a través de los distintos sentidos, en la cons-

trucción individual y social de los paisajes. Esta cuestión es planteada, en toda su diversidad, por María Ángeles Durán, con un recorrido ágil por la disparidad de experiencias corporales. Josepa Bru, a continuación, apela a una nueva forma de reconstrucción de un paisaje social genuinamente humano a partir de la liberación de la mirada y la palabra de la mujer.

El segundo bloque está dedicado a la construcción social de los paisajes a través del conflicto social y político. Don Mitchell utiliza la existencia de un cementerio en la frontera Sur de Estados Unidos para establecer las interrelaciones globales existentes en la producción social de los paisajes en la fase actual del sistema capitalista. Carmen Pena trata los paisajes mitificados desde la emigración y Mireia Floch-Serra expone una esperanzadora propuesta basada en la existencia de los paisajes plurinacionales, contrapuestos a la exclusividad de los paisajes del Estado nacional moderno. Cada punto de vista se constituye en una perspectiva parcial que ofrece tan sólo versiones de una determinada realidad.

El tercer bloque, el más extenso, está centrado en los paisajes urbanos. De nuevo la diversidad de las miradas, su parcialidad y la atención a los aspectos más sutiles y ocultos del paisaje están en el punto de mira de los trabajos. Itziar González plantea la necesidad de captar el *fluir* de la vida sobre el territorio. Es necesario añadir a los trazos visibles del paisaje aquellos que, como los antiguos cursos de agua, son invisibles, para participar y, sobre todo, interpretar, su construcción social.

Oriol Nel-lo propone la noción de la ciudad como paisaje invisible, agudizado por los procesos actuales de dispersión, especialización y segregación. La esperanza está en el proyecto de paisaje futuro que es también la ciudad, basado en nuevas formas y nuevas experiencias. También la aportación de Raquel Hemerly tiene como punto de partida la mirada que nos permite visualizar los paisajes de la ciudad informal en Brasil, ocultos por el Estado y una gran parte de la sociedad que los considera indeseables. Alicia Lindon se interroga sobre la posibilidad de desarrollar auténtica vida urbana en los denominados paisajes del miedo, fortalecidos por la pasividad y la aceptación social de su existencia. Daniel Hiernaux introduce además las categorías de tiempo, rescatando, frente al paisaje urbano más estable, referido a componentes de larga duración, el paisaje efímero y fugaz.

Las perspectivas múltiples del paisaje constituyen asimismo la base para la aportación de Xerardo Estévez que contrapone el recorrido por algunas ciudades con una gran carga cultural, a los entornos urbanos y de la costa, paisajes sin texto, carentes de poder evocador. Estos mismos ámbitos son caracterizados por Francesc Muñoz como paisajes aterritoriales. La reducción del paisaje a su contenido visual ha permitido la extensión de la urbanización banal y tematizada en estas últimas décadas.

El segundo volumen, *El paisaje en la cultura contemporánea*, reúne diversos enfoques críticos del paisaje en la cultura contemporánea: en la filosofía, en la ética, las artes plásticas, la literatura y el pensamiento territorial. Cada cultura, como señala Nogué, crea sus peculiares apreciaciones e interpretaciones ante el paisaje y además, dentro de cada cultura, aparecen diversas lecturas del paisaje en función de los diferentes grupos sociales. Surgen así los paisajes canónicos, impulsados por las élites intelectuales y políticas, cargados de intereses que marginan a su vez otras imágenes. En la actualidad, el rápido crecimiento, la intensa transformación del territorio y el carácter banal de muchas intervenciones, dificultan la legibilidad de muchos paisajes afectados también por la pérdida del imaginario y una fuerte

crisis de representación. Esto se convierte en uno de los grandes desafíos contemporáneos: aunar el paisaje y su representación.

La primera parte del libro está dedicada a las dimensiones ética y estética del paisaje. Distintas reflexiones abordan la relevancia de ambos componentes. Jorg Zimmer reivindica la estética como complemento a la visión analítica de la naturaleza. En ella cabe el respeto, la ética, que puede impulsar objetivos razonables para la intervención sobre ella. En una línea muy similar, Raffaele Milani, tras un complejo análisis del proceso de *invención* del paisaje como categoría estética, centra en esta cualidad, en la construcción de la naturaleza en objeto artístico, una de las claves para el repudio a la devastación actual de amplios territorios, como un atentado al propio hacer, a través de la poesía y el arte, del ser humano. Alain Roger reivindica igualmente el paisaje como categoría estética. Los paisajes, como tales, son una invención cultural que puede ser datada en cada sociedad, siempre en las artes, a partir de ciertas condiciones. Los valores ecológicos y científicos sólo pueden inducir visiones paisajísticas, enriqueciendo nuestra sensibilidad estética. Desde otra perspectiva, Agustín Berque establece una interesante analogía entre el comportamiento de muchos habitantes de la ciudad y el de ciertos anacoretas de la antigua China cuando, en este caso a través de máquinas, el individuo, encerrado en su propio cuerpo, se siente a solas con la naturaleza.

En la segunda parte, se plantea el tratamiento del paisaje en la literatura y el arte contemporáneos. Massimo Venturi Ferriolo propone la calidad de los nuevos paisajes, considerados como *ethos*, los lugares donde habita el ser humano, sujetos a reglas que deben respetarse, como un recurso para una economía fundada en la belleza. Antoni Mari, a partir del problema filosófico en torno al lenguaje, cuyas imágenes creadas son fruto de la imaginación, sensibilidad y experiencia del sujeto, concluye otorgando el máximo protagonismo al escritor en la construcción de los paisajes, ya que si existen, es por todo lo que aquel proyectó sobre ellos. Alex Nogué realiza un recorrido por el tratamiento del paisaje en la pintura y la escultura contemporáneas, desde su concepción en el interior de los estudios de los artistas hasta su utilización como soporte físico de las propuestas artísticas. Ahora más que nunca, el paisaje puede considerarse una invención que requiere de la colaboración del arte en los procesos de investigación y transformación. En cuarto lugar, Xavier Antich, rastrea algunas prácticas artísticas contemporáneas que se han esforzado por dejar su huella, o descubrirla, como una escritura en el paisaje.

La tercera parte del libro está dedicada al uso del concepto de paisaje en la posmodernidad y por parte del posmodernismo. Manuel Asensi explora el concepto de nomadismo, como cualidad inherente del posmodernismo, en todas sus expresiones artísticas, incluidas las referidas al paisaje, y discursivas. Esta misma corriente permite a Claudio Minca restituir al paisaje la dimensión estética, radicada en el sujeto que percibe la relación con la con la tierra que la modernidad le sustrajo al transformarlo en concepto científico.

Dos últimas contribuciones de urbanistas ponen el contrapunto adecuado a las reflexiones, más teóricas, precedentes, presentando proyectos concretos, buenas prácticas, basados en el paisaje como eje de las intervenciones. Josep María Montaner agrupa en ocho morfologías diversas actuaciones en paisajes degradados y en transformación. Joaquín Sabaté incide en la necesidad de considerar el paisaje cultural como referencia en el proyecto territorial lo que permite intervenir en él valorándolo, conservando su identidad y además favoreciendo, de manera respetuosa, el desarrollo económico local.

Como balance final, cabría sobre todo destacar el valor de ambas obras por la diversidad de enfoques y contenidos, interesantes, sugerentes y estimulantes, incluidos. A lo largo de sus páginas se nos muestran los nuevos paisajes de la posmodernidad o las nuevas lecturas del posmodernismo: los paisajes fugaces, invisibles, aterritoriales o sin texto, los paisajes de la interferencia, el paisaje latente y el paisaje futuro, el paisaje justo, los paisajes del recuerdo o los paisajes nómadas. Se manifiestan también sus posibilidades como concepto integrador: el paisaje como sentimiento, como obra de arte, como representación o experiencia, como producto cultural y material. En definitiva, lo que nos están mostrando es la complejidad de un concepto que requiere, para su tratamiento, de la incorporación de sus dimensiones estética, ética y científica.

Elia Canosa Zamora  
Departamento de Geografía  
Universidad Autónoma de Madrid

### RECONSIDERACIÓN DEL PAISAJE

MATEU BELLÉS, Joan F. y NIETO SALVATIERRA, Manuel, eds. (2008). *Retorno al paisaje El saber filosófico, cultural y científico del paisaje en España*. Edit. EVREN, Evaluación de Recursos Naturales. Valencia, 606 pp. [ISBN: 978-84-612-3592-6]. Se puede consultar y descargar en <http://www.evren.es/html/principal.php>

Este libro colectivo sobre el saber del paisaje en España, coordinado y coeditado por Joan Mateu —catedrático de Geografía Física de la Universidad de Valencia— y Manuel Nieto —doctor en Ciencias Geológicas y director general de EVREN—, se ha publicado con motivo del vigésimo aniversario de EVREN, Evaluación de Recursos Naturales SA. Está dirigido, principalmente, a profesionales dedicados a la conservación, a la ordenación, a la gestión y a la restauración del paisaje.

El propio título del libro sugiere con rotunda claridad cuál ha sido el planteamiento articulador de su contenido que el propio Manuel Nieto señala en el prólogo: *... no hemos arraigado el Retorno al paisaje en la nostalgia y menos aún en la melancolía que de ella puede derivarse. Es una mirada hacia atrás para nutrirnos de lo mejor de los que nos han precedido, de sus descubrimientos y aportaciones sobre la relación del hombre con el territorio, para elegir de entre ellos cuáles son los que nos deben acompañar en el gran salto que la humanidad está abocada a dar en los próximos años.*

Como expresan los editores, su objetivo ha sido reunir *una reflexión sobre el proceso histórico de revestimiento filosófico, cultural y científico del paisaje en España entremezclando voces procedentes de las ingenierías y de la arquitectura, experiencias venidas de las ciencias de la Tierra, vivencias literarias, ideas largamente debatidas en el campo filosófico o manifestaciones de la evolución pictórica.*

Las consideraciones sobre el paisaje que los dos editores del libro hacen en el epílogo —«el paisaje, una encrucijada del saber»— permiten comprender muy bien la orientación de

sus contenidos. Desde el «redescubrimiento social del paisaje», se refieren a su dimensión mixta que lo sitúa en la encrucijada o donde se desdibujan las fronteras entre muchas disciplinas académicas: *...está formado por elementos venidos de la naturaleza y de la cultura, del exterior y del interior, del individuo y de la colectividad, de lo real y de lo simbólico. Es, a la vez, realidad física y producto social, lugar e imagen del lugar, memoria histórica y proyección cultural, un artefacto de la naturaleza y de transformación colectiva de ésta, un tangible geográfico y su interpretación intangible.* Los editores entienden el paisaje como un «corredor» donde convergen muchos saberes con métodos específicos e incluso con su propia concepción del paisaje. Por lo tanto, a su juicio, el creciente interés social que está despertando el tema del paisaje está favoreciendo el desarrollo de enfoques transversales y planteamientos interdisciplinarios e interactivos que integran tanto la estructura formal y los procesos ecológicos y socioeconómicos que organizan los paisajes como la interpretación semiológica de sus imágenes y significados.

Así pues, los diferentes capítulos del libro, cuyos autores son acreditados expertos de reconocida trayectoria y solvencia en el estudio y conocimiento de los paisajes, avalan el hecho de que diferentes disciplinas desde el siglo XIX han ido trazando itinerarios que convergían hacia el paisaje de manera que en este tema «fronterizo» todos los enfoques, métodos y puntos de vista son necesarios.

Coincido con los editores en la afirmación que realizan acerca de que resultaría pretencioso y, tal vez, improcedente sintetizar en unos párrafos tantas ideas contenidas en una obra extensa y plural de enfoques y contenidos. Por ello, me voy a limitar a señalar los rasgos y contenidos más generales de su estructura.

*Retorno al paisaje* se organiza en tres grandes. La primera, titulada «Ontología del paisaje», consta de tres artículos: «La experiencia del paisaje» (Eduardo Martínez de Pisón), «Historia y filosofía del paisaje» (Rafael Núñez Florencio) y «El paisaje, entre la naturaleza, el arte y la ciencia» (Joaquín Fernández Pérez). La segunda parte está dedicada a «La valoración cultural del paisaje» y se compone de los siguientes trabajos: «Paisaje e identidad nacional» de Nicolás Ortega Cantero, «Paisaje, territorio y sociedad civil» (Joan Nogué), «La idea de paisaje en USA: De Naturaleza a Ciudad» (Anita Berrizbeitia, Romy Hecht y Arancha Muñoz), «Lugar y carácter, dos invenciones pintorescas» (Iñaki Ábalos Vázquez), «Lo sublime abstracto» (Robert Rosenblum) y «El paisaje americano y lo sublime mudable» (Bárbara Dayer Gallati).

La tercera parte se centra en el «Conocimiento científico del paisaje», tema que se desarrolla en los siguientes artículos: «Descubrimiento científico del paisaje» (Joan F. Mateu Bellés), «Los científicos de la tierra y la evolución de los estudios sobre el paisaje en España» (Concepción Sanz Herráiz), «Los ingenieros de caminos y de montes y su intervención en el paisaje» (Josefina Gómez Mendoza) y «Desde la ciencia a la planificación territorial» (Javier Obartí Segrera).

En definitiva, se trata de un útil, completo y excelente compendio sobre el saber del paisaje a lo largo de la historia con un amplio número de artículos escritos por autores de reconocida trayectoria en muy diferentes disciplinas científicas.

*Emilia Martínez Garrido*  
Departamento de Geografía  
Universidad Autónoma de Madrid

## PAISAJE Y TERRITORIO

MADERUELO, Javier, dir. (2008). *Paisaje y territorio*. Abada Editores y CDAN. Madrid, 350 pp. [ISBN: 978-84-96775-38-1]

En 2006 se inició un ciclo de cursos monográficos, dirigidos por Javier Maderuelo con el título *Pensar el paisaje*, que tiene por objeto, en palabras del director de este libro, «provocar investigaciones y fomentar estudios a través de los cuales analizar aspectos diversos relacionados con el paisaje». Los dos cursos anteriores dieron como resultado los libros titulados *Paisaje y pensamiento* (2006) y *Paisaje y arte* (2007).

La elección del curso dedicado al paisaje y el territorio, en palabras de Maderuelo, se debe a la necesidad de investigar para saber situarlos en el contexto de una sociedad, una cultura y una situación económica concretas. El asunto es de la mayor importancia dado que, en efecto, la sola utilización de la palabra paisaje lleva a diferentes interpretaciones y puntos de vista que requieren, de entrada, una definición que permita enlazarlo con el concepto de territorio, mucho menos polémico desde la óptica de su definición. En este sentido, reconociendo las múltiples definiciones del término, Maderuelo elige aquella que propone que el paisaje es «la interpretación de lo que se ve en el país (territorio) cuando éste se contempla con mirada estética.»

A partir de la realidad española, en grave proceso de destrucción del territorio y con unos gobiernos que no toman decisiones en materia de educación, difusión e investigación sobre el tema, el curso y, en consecuencia, las conferencias que se recogen en el libro, busca unir ambos conceptos y utilizar los criterios que permitan valorar el paisaje y frenar el deterioro que sufre, sobre todo, a manos de la urbanización y de la optimización de beneficios.

El libro está organizado en once capítulos que abarcan distintas perspectivas orientadas a un mismo fin, encontrar las relaciones entre paisaje y territorio y reflexionar sobre esos criterios que puedan dar nueva luz a un problema ambiental de extrema gravedad en España.

En el primer texto, «La mirada del geógrafo sobre el paisaje: del conocimiento a la gestión», Josefina Gómez Mendoza destaca la fuerte relación que ha existido siempre entre la geografía y el paisaje «con un entendimiento preferentemente territorial, aunque no sólo.» Para ello, comienza con una mirada a los *Cuadros de la Naturaleza* de Humboldt y al papel fundamental que tuvo como fundador del concepto de paisaje desde una perspectiva geográfica. El paisaje, entendido desde sus aspectos morfológicos y genéticos, adquiere sentido histórico y cultural, por lo que confiere identidad a los pueblos que los han ido creando y modificando. Con párrafos de varios autores, Gómez Mendoza recorre distintas formas de mirar el paisaje que confluyen en elementos estéticos y científicos a la vez, lo que le da a la geografía una continuidad en la herencia humboldtiana, por más que hayan podido cambiar los medios y las técnicas.

Todo ello permite al geógrafo, en el presente, moverse con comodidad en su trabajo profesional respecto del paisaje. El geógrafo se enfrenta a un hecho trascendental, la gestión del paisaje, para lo que es preciso identificarlos y caracterizarlos. Frente al análisis de los ecólogos, más preocupados por la diversidad y la riqueza biológica, el geógrafo se ratifica en su concepción territorial del paisaje, asumiendo que todo el territorio es paisaje y, como resultado, se plasme en la ordenación territorial, incluyendo los paisajes de la vida cotidiana.

Desde estos criterios, Gómez Mendoza utiliza el *Atlas de los paisajes de España*, como ejemplo del quehacer geográfico ante el paisaje, en una lectura sistemática del conjunto territorial español para mostrar la diversidad y características de sus paisajes.

Javier Maderuelo, «Maneras de ver el mundo. De la cartografía al paisaje», hace un interesante recorrido por cómo la cartografía orientó la mirada del pintor hacia el territorio y los cambios que en los pintores produjo, «fijándose en otros fenómenos y particularidades de los territorios, diferentes a las que atendían los geógrafos» y que llevará, a mediados del siglo XVI, a una nueva forma pictórica que dará lugar al nacimiento del término paisaje. Un momento importante se produce en el Renacimiento, con una nueva lectura del aristotelismo y un deseo de conocer los fenómenos físicos. La descripción escrita o gráfica de los fenómenos modificó la forma de verlos, dejando a un lado la representación simbólica para dar paso a una representación realista. Tras un recorrido por «pintores que dibujan mapas, vistas topográficas que tienen cualidades pictóricas y pintores que representan en sus cuadros mapas como si fueran cuadros». Con la obra «Vista sobre Amsterdam», del holandés Jan Christaensz Micker, que representa la ciudad con sus campos de cultivo y sus canales, con sus edificios y sus muelles (se incluye una cartela con los lugares más significativos). Es una vista casi vertical hecha a partir de una xilografía de Cornelis Anthonisz que pudiera pensarse como un mapa, pero que es un cuadro, y un cuadro de paisaje, gracias a la temporalidad de las nubes que se proyectan con sus sombras sobre la escena.

Fernando Castro Flórez, «El arte (de perderse) en un bosque», plantea un sugestivo recorrido por artistas que han hecho de los paisajes, o de los no-lugares, espacios de actuación integrando en ellos sus obras o por el hecho de dedicar a esos espacios una mirada diferente. De entre todos los autores a los que hace referencia, se puede destacar el viaje de Robert Smithson a Palenque y su fascinación por un «hotelucho» casi en ruinas que no pudo entender. Una propuesta interesante la de Castro porque hace que nos volvamos a los paisajes con una mirada diferente, lejos de las propuestas más estereotipadas.

En «Las representaciones sociales del paisaje y sus evoluciones», Yves Luginbühl va de la categoría de la percepción, entendida como proceso individual de captación, a la categoría de las representaciones sociales (el paisaje como valor para un grupo social) y sus tres niveles de apropiación. En el primer nivel, la apropiación del conocimiento del paisaje viene dado por lo que se recibe del exterior (pintura, publicidad, fotografía...), organizándose en torno a modelos paisajísticos, «referencias simbólicas elaboradas durante la historia de las relaciones sociales con la naturaleza y que permiten calificar un paisaje, clasificarlo como una categoría estética.» En el segundo nivel, el individuo construye su propio conocimiento del lugar en el que reside. Esta cultura del paisaje se alimenta de las relaciones directas que se establecen entre el individuo y su entorno de vida. El tercer nivel, por último, se desarrolla de manera individual, referido a las experiencias personales relacionadas con paisajes que ha podido conocer, bajo determinadas circunstancias, y que valoran en su individualidad, ajeno a la colectividad.

Joan Nogué, «Al margen. Los paisajes que no vemos», introduce las relaciones entre paisaje y territorio desde una perspectiva social y política. Bajo esta perspectiva, el autor nos lleva por las geografías de lo invisible, lo intangible, lo efímero, por esos paisajes en los que nos movemos cotidianamente pero no vemos, sencillamente porque no queremos mirar. Surge así el abismo entre los paisajes que contemplamos a diario con los que nos sirven

de referencia, transmitidos de generación en generación. De la misma forma, poco a poco se incorporan los valores intangibles (una puesta de sol, por ejemplo), pero que tienen una fuerza enorme. Estos nuevos valores deben añadirse si se quiere entender el paisaje actual en todas sus dimensiones.

Ignacio Español Echániz, «El paisaje como percepción de las dinámicas y ritmos del territorio», muestra la complejidad del territorio, su movimiento permanente, seamos o no conscientes del mismo, que se muestran de manera irregular y, con frecuencia equívoca. Es necesario distinguir entre esos cambios que por su lentitud pueden parecer estáticos, mientras otros llegan a pasar desapercibidos por su rápido surgimiento y su consiguiente desaparición. Los procesos en marcha en el territorio los clasifica el autor en tres grupos: físico-químicos, biológicos o culturales. La correcta comprensión de todos ellos es imprescindible para una correcta y responsable mirada sobre el paisaje.

Antonio Ansón, «Territorios y paisajes. Modelos para pensar fotografía y literatura, tal vez soñar», hace un interesante recorrido por el paisaje y el territorio (vinculados a la literatura y la fotografía) relacionado con diferentes conceptos, como el de poder, el imaginario, la distancia, el lugar, el viaje, la frontera y la ficción. La fotografía y el texto literario adquieren toda su dimensión en función de la distancia y, según ésta, nos podremos encontrar ante imágenes de territorios o paisajes. Si el territorio necesita la lejanía para poder ser abarcado, el paisaje requiere la aproximación, la posibilidad de introducir elementos subjetivos que sólo la cercanía permite.

«La dimensión fílmica del paisaje». Con este título, Neus Miró desarrolla la relación que, a lo largo de la historia del cine, ha mantenido éste con el paisaje. Tras los inicios del cine con los hermanos Lumière, en los que el paisaje era el elemento fundamental, se produce una transformación del paisaje en escenario, hasta que, en manos de algunos directores, se va convirtiendo en un elemento autónomo, con valor narrativo propio al margen de la narración. Así, Antonioni, según señala la autora, será uno de los primeros directores que utilizará esta técnica, haciendo desaparecer la historia para que surja el paisaje. De ahí, se pasará a directores que utilizarán el paisaje como protagonista absoluto, haciendo que lo demás se vuelva anecdótico.

Daniel Zarza, «De la ordenación del territorio al paisaje: Madrid como estudio de caso», parte de una interesante pregunta ¿sería posible incorporar a las tradicionales disciplinas de la intervención espacial arquitectónica, urbana y territorial, la cultura del paisaje para construir «a priori» espacios que podamos llamar ya paisajes, frente a la percepción culta «a posteriori», por los artistas, de los territorios construidos sin intención paisajística? A partir de ahí, Zarza desgana cómo ha evolucionado esa ordenación, desde los territorios sin ordenación del territorio a las historias de las arquitecturas que construyen el paisaje (los centuriatos clásicos, los jardines islámicos o los ensanches novocentistas). A continuación se adentra en Madrid como región metropolitana para analizar las posibilidades de una ordenación paisajística de la misma, con una clasificación de paisajes de carácter historicista.

Enric Batlle i Durany, «Los nuevos paisajes de la metrópoli», propone la búsqueda de nuevos modelos para integrar naturaleza (el parque como representación del espacio público) y ciudad. En el actual crecimiento urbano, lejos de la ciudad compacta, donde los espacios libres se convierten en básicos, es necesario buscar formas, ambientalmente respetuosas, que integren los espacios urbanos y territoriales circundantes. Con la presentación de varios

modelos de planeamiento y la creación de parques urbanos, a partir incluso de espacios degradados, Batlle pone de manifiesto algunos de los errores cometidos por la falta de tratamiento unitario de la ciudad y su territorio.

Por último, Catherine Mosbach, «Passages: À l'endroit – à l'envers», reflexiona sobre las formas y el hacer del paisaje. El paisaje, frente al territorio, siempre definido como amplios conjuntos, se encuentra en los mínimos detalles, pliegues, y repliegues del anverso que hace visible la forma del movimiento. «El paisaje toma forma cuando la ocasión se presta a su evocación, se eclipsa cuando la mirada activa se ausenta de la realidad.»

En definitiva, un libro del mayor interés y lleno de sugerencias.

*Manuel Mollá Ruiz-Gómez*  
Departamento de Geografía  
Universidad Autónoma de Madrid

